

"FERNÁN CABALLERO" O BÖHL DE FABER, CECILIA, (1796-1877)

*LA MITOLOGÍA CONTADA A LOS NIÑOS
E HISTORIA DE LOS GRANDES HOMBRES DE LA GRECIA*

ÍNDICE:

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

Saturno

CAPITULO IV

Cibeles

CAPITULO V

Júpiter

CAPITULO VI

Neptuno y las ninfas marinas

CAPITULO VII

Plutón y el Orco

CAPITULO VIII

Minerva

CAPITULO IX

Venus y Cupido

CAPITULO X

Baco. –Ariadna

CAPITULO XI

Apolo y las Musas

CAPITULO XII

Diana

CAPITULO XIII

Esculapio. -Hebe. -Némesis. -Los cíclopes. -Argos

CAPITULO XIV

Atlas. -Mercurio. -Lares. -Penates

CAPITULO XV

Infierno, Averno u Orco

CAPITULO XVI

Eolo. -Bóreas. -Zéfiro. -Eco. -Proteo

Animales fabulosos

CAPITULO XVII

La Quimera

La Esfinge

Can Cerbero

Hidra de Lerna

Hipogrifo

Salamandra

Harpías

CAPITULO XVIII

Divinidades Campestres

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Aun cuando es cierto que la musa de las mentiras ha sido derrotada por la musa de las verdades, según la hermosa frase de Chateaubriand, y que por lo mismo las bellezas del Cristianismo han oscurecido y desterrado casi por completo la Mitología del campo de la poesía y de las bellas artes, no lo es menos que el conocimiento de las falsas deidades del Paganismo y de sus héroes o semidioses es indispensable para estudiar con provecho la historia de los grandes pueblos de la antigüedad, en particular del griego, tan fecundo en esclarecidos hechos, como portentoso en sus producciones artísticas y literarias, admirables por su originalidad, por su perfección y belleza.

Dar a conocer la Mitología a los niños, es prepararles para que puedan comprender, gozar y admirar las obras que nos legaron como modelos de buen gusto los sublimes genios que brotaron de Grecia y Roma.

Los caprichos de la fábula, se dirá con fundado motivo, son hijos con frecuencia del desenfreno de las pasiones, que el hombre ha querido justificar divinizándolas. No los pongáis delante de la niñez, exponiéndolos a mancillar el candor de su inocencia. No hay que temer; la mano maestra y delicada que ha trazado a grandes y hermosos rasgos los cuadros de Mitología que ofrecemos a los niños, es bastante hábil para que no figure en ellos más que lo que es de utilidad verdadera. Ella misma, y con igual acierto, ha presentado al estudio de los niños, como digno complemento de su obra, una preciosa colección de historias de los grandes hombres de la Grecia, cuya lectura infunde en el espíritu levantados sentimientos y excita en el ánimo vivos deseos de parecerse a aquellos magníficos modelos de virtud patria, cuya imitación es en nuestros tiempos más asequible; porque el hombre está sostenido por una fuerza misteriosa de que carecieron los héroes y sabios de la antigua Grecia: por la doctrina emanada de la revelación divina.

Para que la enseñanza de este libro sea más eficaz e impresione más agradable y provechosamente a los tiernos lectores a quienes se dedica, va adornado con cien grabados, obra de los mejores artistas de esta capital.

A pesar de lo referido, la mejor garantía de su bondad estriba en el nombre de la sabia persona a cuya pluma se debe. Su fama no se detiene en los confines de nuestra patria, es ya universal; de nadie es desconocido el extraordinario mérito literario de Fernán Caballero.

Al dar a la estampa la tercera edición de *La Mitología contada a los niños*, creeríamos faltar a un deber sagrado si dejásemos de tributar un afectuoso recuerdo a su distinguida autora, cuya amistad nos honra desde .

Fernán Caballero ha bajado al sepulcro en avanzada edad, con la aureola debida a su virtud y a su talento, después de emplear toda su vida en difundir el bien y la verdad; su nombre literario hará época en la moderna literatura española, y sus novelas, sus cuentos y sus sucedidos le han de sobrevivir por muchos años.

Para dar una cabal idea de tan ilustre señora, nos valdremos de un precioso artículo biográfico, escrito por nuestro apreciado amigo D. Francisco Miquel y Badía, inserto en el Diario de Barcelona, y de unos apuntes que han visto la luz en *La Ilustración Española y Americana*; con lo cual tendrán los lectores de esta obra una idea completa de la fisonomía moral de su autora, digna bajo todos conceptos del sencillo tributo que aquí le consagramos.

Juan y Antonio Bastinos.

CAPITULO I

Muchas cosas hay que no podéis aprender, niños míos, lo uno porque no están a vuestros alcances y las aprenderíais sin comprenderlas, lo cual es tarea de loros; lo otro, porque no

se puede exigir de vuestra móvil atención la perseverancia necesaria para fijarse todo el tiempo que sería preciso para explicáoslas. Pero como tampoco os debéis criar ignorantes, desaplicados ni ociosos, convendría que las personas que se interesan por vosotros pusiesen la enseñanza a vuestro alcance. La que procuraré daros en este libro, que os dedico, sobre la Mitología, no es la suficiente, y más adelante necesitaréis adquirirla más cumplida; pero las nociones que ahora recibáis, serán como las aguas de una buena otoñada, que, sin labrar la tierra, la preparan para recibir el cultivo a su debido tiempo, puesto que las cosas que en la niñez se aprenden no se olvidan nunca; lo cual sé por experiencia. Para probároslo, os referiré una cosa que leí cuando niño en un libro de enseñanza religiosa, que fue uno de los que me prepararon para celebrar debidamente el más feliz e inolvidable día de mi vida, aquel en que hice «mi primera comunión». Decía el excelente maestro que lo escribió, dirigiéndose a sus discípulos: «Hijos míos, si os pareciese largo el tiempo que invirtáis en leer lo que para vosotros escribo, tened presente que mucho más largo ha sido el que he invertido yo en escribirlo». Y esto, que nunca he olvidado, me ha servido toda mi vida.

Recuerdo esto y os lo refiero, niños míos, por dos razones, la una para probaros que no se olvida lo que en la niñez se aprende, la otra para que tengáis presente que más me ha costado a mí en tiempo y trabajo el escribir estos apuntes sobre la Mitología, que a vosotros costará el leerlos.

Mitología es una palabra compuesta de dos voces griegas, que expresan o creencia o religión fabulosa.

Los hombres olvidados del verdadero Dios, su Criador, inventaron divinidades a su albedrío; porque en el alma que Dios crió con soplo divino, existe siempre un anhelo, una necesidad de elevarse y someterse a un poder superior, que se adora, se respeta y se invoca. Cuando el hombre ya no siente esas altas y divinas inspiraciones... compadecedle, porque ahogó su alma.

La Mitología es, pues, una religión que crearon los gentiles, y de ella me propongo dar a vosotros una clara, aunque sucinta, idea.

CAPITULO II

Empezaron aquellos espíritus extraviados por adorar como dioses al sol y a la luna, porque son lo más bello y admirable de lo creado. Pero con el tiempo este estéril culto no les bastó, y se pusieron a adorar a los hombres que entre ellos descollaban y a las cosas, a las que daban personalidad o personificaban: así lo hicieron con las virtudes, y aun con los vicios. Esto es, pues, la Mitología o Fábula, esa religión de los paganos, dispartada, descompuesta y hasta criminal, que habría caído entre nosotros los cristianos en el olvido y desprecio que merece, a no ser porque la embellecieron los afamados poetas griegos y latinos, cantándola, y los excelentes artistas atenienses con sus obras maestras, que siempre se dirigieron al culto de sus falsos dioses. Así, embellecida y poetizada, ha

seguido dando imágenes y alegorías a los poetas, y modelos a los artistas, por lo cual se presentan de continuo a nuestra vista producidos esos lindos emblemas que creó la florida imaginación de aquellos poetas, y vemos copiadas sus perfectas obras artísticas; y sucede que aquel que no sabe a lo que se refieren, ni lo que significan, pasa en sociedad por un ignorante y se expone a no comprender ni las cosas que ve ni las cosas que oye.

Tan generalizado y esparcido está el conocimiento de la Mitología, que existen cantidad de expresiones hasta populares que dimanen de ella, cuales son: un pánico, la rueda de la fortuna, un alcides, una bacanal, y otras calificaciones. También en el Zodíaco, o curso anual del sol, han conservado los astrónomos los emblemas que empleó aquélla para el mismo objeto.

Dicen que Nino, soberano del Imperio asirio, fue el primero que introdujo entre los hombres esta idolatría, levantando a su padre, a quien deificó o hizo dios, una estatua, y forzando a su pueblo a que la adorase; y siguiendo este giro, fueron deificados Saturno, Júpiter y otros soberanos. Pero no tratamos de investigar eruditamente el origen de la Mitología, ni de inquirir la realidad que sirvió de base a este deforme parto de imaginaciones ricas y extraviadas; sólo tratamos de tomar una corta, pero exacta, idea de ella misma. Como no es historia, ni es doctrina, ni tiene leyes, ni consecuencia, os daremos a conocer por su orden sus dioses, sus semidioses, genios y ninfas, y de estas relaciones parciales se desprenderá ese conjunto que forma la Mitología.

CAPITULO III

Saturno

Empezaremos nuestra relación como las amas cuando os cuentan sus bellos cuentos de encantamientos. Casáronse... ¿quién pensaréis? El Cielo y la Tierra. Al Cielo llamaron los latinos «*Coelum*» y los griegos «*Uranus*»; a la Tierra, «*Vesta*», y también «*Rea*».

Tuvieron dos hijos, era el mayor un tremendo gigante llamado Titán, y el segundo fue el Tiempo, llamado Saturno. Por incontestable derecho de primogenitura pertenecía a Titán el imperio del Universo. A instigaciones de su madre se lo cedió a Saturno; pero con la condición de que no había de criar ningún hijo varón, lo cual prometió; y habiéndose casado con Cibeles, cada vez que ésta paría un hijo varón, se lo engullía como si fuese un merengue. Observad, no obstante: la parte de alegoría que encierra este hecho horrible y disparatado, prueba que el tiempo engulle a sus hijos, esto es: un siglo a los años, los años a los meses, los meses a los días, los días a las horas, que son sus propios hijos.

En una ocasión tuvo Cibeles mellizos: escondió a uno, que era varón, y sólo enseñó a su marido a la niña. Otros dicen que le presentó un canto, que, sin descubrir el engaño, se tragó Saturno, sin que se le atorase, con lo que quieren demostrar que todo sin excepción lo consume el tiempo.

Titán supo esto, y que el niño (que era Júpiter) existía, y ofendido de ese engaño hizo la guerra a su hermano Saturno, a quien venció y puso preso. Pero cuando Júpiter llegó a ser hombre, libertó a su padre, y Titán y los demás Titanes, hijos de éste, fueron vencidos y exterminados por él.

El destino había predicho a Saturno que su hijo le quitaría el reino del cielo pagano, que se llamaba «Olimpo». Así fue que persiguió a su hijo; pero fue vencido por éste, que lo desterró del Olimpo. Saturno se refugió a la parte de Italia en que después fue labrada Roma, que recibió el nombre de «*Latium*», derivado de «*latere*», que significa estar escondido.

Representaban a Saturno como un viejo con grandes alas, para figurar lo aprisa que vuela el tiempo; tenía en una mano un reloj de arena y en la otra una hoz, con la que va segando las cosas todas, aun aquellas a las que él mismo ha dado existencia.

Las fiestas que se hacían a Saturno eran llamadas «Saturnales», y ¡qué tales no serían de descompuestas y groseras, cuando aun en nuestros días sirve esa voz para designar reuniones escandalosas y odiosas!

Ya estáis, pues, enterados del origen y del principio de la Mitología; de que el Cielo «*Uranus*» se casó con la Tierra «*Vesta*»; que tuvieron dos hijos, «*Titán*» y el «*Tiempo*» o «*Saturno*»; que éste tuvo por mujer a «*Cibeles*», y por hijos, primero a Júpiter y Juno, y más adelante a Neptuno, Plutón y Ceres, de quienes os hablaré más adelante; por ahora lo que os suplico es que no olvidéis lo referido, para que no esté yo haciendo este trabajo en balde.

CAPITULO IV

Cibeles

A Cibeles, mujer de Saturno, han dado los poetas varios nombres, que han tomado de las montañas de Frigia en donde más principalmente se la veneraba y que son «*Dindimena*, *Berecinthia* e *Ida*». También era nombrada *Magna-Mater* por ser la madre de los dioses de primera categoría, como asimismo «*Ops* y *Tellus* (Tierra)»; porque así como su marido presidía en el cielo, ella presidía en la tierra y procuraba socorros a los mortales. Representábanla sentada en tierra y con un tamboril en la mano y algunos animales a su lado; otras veces en un carro, del que tiraban leones, con una corona de murallas y torres o bien de ramaje, llevando en la mano una llave en señal de que en invierno encierra la vegetación y en la primavera la abre con mano liberal. Los sacerdotes de Cibeles se llamaban «*Dáctilos*», que significa «*dedos*»; por ser su número diez, el mismo que el de los dedos. Celebraban estos sacerdotes las fiestas de su diosa con gritos confusos, tamboriles y pífanos.

Algunos la han denominado Vesta, por lo que muchos eruditos han creído que había dos Vestas, y aun hay otra tercera más moderna que presidía al fuego. Numa Pompilio, rey de Roma, le consagró un altar, y ordenó que jóvenes doncellas que se llamaron «Vestales», cuidasen de tener en él siempre fuego encendido. Considerábase el que se apagase como una gran desgracia, y si sucedía por descuido de las Vestales, eran éstas severamente castigadas. Renovábase el fuego en marzo, y sólo debía encenderse por medio de los rayos del sol.

CAPITULO V

Júpiter

Después que este desterró a su padre, según os he referido, repartió con sus hermanos el imperio del Universo; dio el de las aguas a Neptuno, el de los infiernos a Plutón y se reservó el del Cielo u Olimpo. Mas en tanto la Tierra, mujer de Titán, furiosa contra Júpiter, porque había muerto a sus hijos los Titanes, crió los gigantes, hombres tremendos en estatura y fuerza. Fueron los principales entre éstos: Encelado, Briareo o Egeón, y Giges. Colocaron montañas sobre montañas para escalar el Cielo, pero habiendo sido rechazados por Júpiter con sus armas, que son los rayos y las centellas, quedaron sepultados debajo de las mismas montañas que habían amontonado. Los demás dioses que convocó Júpiter en su ayuda, se espantaron tanto con la vista de aquellos gigantes, que huyeron a Egipto, donde se disfrazaron de animales y plantas, y por eso en Egipto se rinde culto a muchas de éstas y de aquéllos. Sólo Baco, hijo de Júpiter, tuvo valor para combatir a los gigantes, lo que hizo tomando la forma de un león y animado por su padre, que le gritaba «Evoe, eu, uie», que quiere decir: valor, valor, hijo mío.

Egeón o Briareo tenía cincuenta cabezas y cien brazos. Encélado era el más poderoso; Júpiter lanzó sobre él el monte Etna, y en Sicilia cuando había temblor de tierra decían que provenía de los esfuerzos que hacía Encelado por libertarse del peso que le oprimía.

Cibeles había parido a Júpiter en Creta, donde permaneció escondido en su infancia en un antro denominado Dicté, al cuidado de dos ninfas llamadas Melisas, que lo sustentaron con la leche de la cabra Amaltea, que Júpiter premió después transformándola en estrella y a las ninfas dándoles un cuerno de Amaltea al que dio la virtud de contener cuanto se le pedía; éste es el famoso cuerno de la abundancia, que satisfacía todos los deseos, y la más ilusoria de todas las invenciones del paganismo. Los deseos de los hombres son como las cabezas de la hidra, cuando uno se satisface, nacen varios en su lugar. El verdadero cuerno de la abundancia es gozar de lo que se tiene, por poco que sea, y no desear más.

Cuando Júpiter hizo al hombre, los demás dioses celosos quisieron hacer otro tanto, y contribuyendo cada cual con algo, crearon a una mujer, que llamaron Pandora, que quiere decir formada por los dones de todos; Júpiter por castigar el orgullo de aquéllos en haber querido competir con él, dio a Pandora una caja que contenía todos los males. Pandora se la llevó a Epitimeo, que fue su marido, el que abrió la caja y todos los males se esparcieron por la tierra; de aquí provino al mundo la edad de hierro

Júpiter tuvo muchas mujeres, lo mismo que el gran turco. De la primera y principal que reinó con él en el Olimpo, que es Juno, tuvo cuatro hijos, que fueron Hichia, divinidad que presidía a los partos, y tuvo un templo en Roma; Menaque, algunos creen que era la luna; Hebe diosa de la juventud, y por último Vulcano; este pobrecito nació tan feo, que al verlo su padre le dio un puntapié y lo echó del Olimpo a la tierra, de cuya caída quedó cojo. Para indemnizarle lo hizo Júpiter forjador de sus rayos, por lo cual son tan renombradas las fraguas de Vulcano.

Los eruditos piensan que entre los reyes de Creta ha habido varios con nombre de Júpiter, que pueden haber sido el origen de este fabuloso dios. El más célebre, dicen, fue contemporáneo del patriarca Abrahán. Júpiter tuvo muchos nombres, que no es necesario retener, pero que es bueno saber para poderlos recordar si se vieses escritos. Son éstos: Opimo, Stator, Jove, Diespiter, Denio, Lapis, Tonante, Capitolino, Olímpico y Ammón, que es el más antiguo.

CAPITULO VI

Neptuno y las ninfas marinas

También a este hijo suyo ocultó Cibeles en una cabreriza de Arcadia, llevando a Saturno, que se lo engulló, un potrito que le dijo haber parido. Cúpole en suerte el imperio de los mares, ríos y arroyos.

Enamoróse de Anfitrite, que no lo quiso hasta que un buen mediador, que fue un delfín, la persuadió que recibiese al dios de los Mares por esposo. Era este dios su abuelo, por ser padre del Océano, que lo era de Anfitrite, a quien tuvo de Doris, hija de Nereo y de Tetis. Tuvieron por hijos a los Tritones, las Nereidas, que eran las ninfas de la mar, y las Náyades, que lo eran de los ríos, que figuraban medio mujeres y medio pescados. Lo representan sentado en una concha de gran tamaño, tirado por hipopótamos unas veces, y otras por caballos marinos, cuyos cuerpos terminaban en cola de pescado, llevando en la mano un tridente que tenía tres puntas, para significar el triple poder que tenía de conservar la mar, de solevantarla y de apaciguarla. Habíanlo fraguado los Cíclopes, y tenía el poder de abrir la tierra cuando Neptuno la golpeaba con él.

Nereo, divinidad marina, hijo del Océano y de la Tierra, casó con Doris, y tuvo por hija a Tetis. Era ésta tan hermosa, que muchos dioses la pretendieron; pero habiendo sabido que un oráculo de Temis decía que Tetis tendría un hijo más famoso y más grande que su padre, todos desistieron en sus pretensiones, y Tetis tuvo que casarse con un simple mortal que fue Peleo, hijo de Eaco, rey de Egina. Fueron convidados a sus bodas todos los dioses y divinidades, menos la Discordia, que por vengarse tiró en la mesa del festín una manzana, con un letrero que decía: «A la más hermosa»; y queriéndosela apropiarse todas las diosas, se la disputaron, tanto, que resultaron grandes males, como sucede siempre que todos quieren una misma cosa, a la que por amor propio o ambición creen tener opción o derecho; por eso se dice aún en nuestros días que ciertas cosas son la «manzana de la Discordia».

Scila y Caribdis son dos monstruos marinos. La primera había sido una bella ninfa de quien se enamoró Glauco, y no siendo correspondido logró que la hechicera Circe la transformase en un monstruo, de cuyo cuerpo salían porción de cabezas de perros, las que con sus continuos ladridos atemorizaban a cuantos se le acercaban. La pobre Scila desesperada se tiró al mar en el estrecho de Sicilia. Al frente está un peligroso remolino en que fue transformada Caribdis, que había robado los bueyes de Hércules; por lo cual se dice al que por huir de un mal paso o mal encuentro se halla otro, que salió de Scila para entrar en Caribdis, como suele suceder a los barcos en ese estrecho.

Las Sirenas, hijas del río Acheloo, poseían con tanta perfección la música, que habrían hecho hoy día gran papel entre los filarmónicos. Dicen que para castigarlas de la mala vida que llevaban, fueron transformadas en pájaros, conservando cabeza de mujer; pero comúnmente se les representa como mujeres de cintura arriba, y lo demás como pescados, que en las orillas del mar cantan para atraer a los navegantes a su perdición sobre los escollos. Así es que el canto de la Sirena sirve para definir una cosa suave y dulce que arrastra a un peligro. Conocéis, pues, los habitantes con los que la imaginación de los griegos pobló la mar. Después bajaremos a sus infiernos, que son menos divertidos.

CAPITULO VII

Plutón y el Orco

Este nombre se deriva de una palabra griega que quiere decir «riqueza», para significar que la contiene la tierra en sus entrañas, y fue el que recibió el hijo de Saturno a quien tocó el reino subterráneo de los infiernos. No halló su majestad diosa que quisiese compartir con él su triste imperio, y tuvo que robar a Proserpina, hija de su hermana Ceres. El dolor que por este rapto sintió esta diosa, que corrió mucho tiempo tras del raptor y de su hija, es muy nombrado en la Mitología.

Había en los infiernos paganos varios ríos, que eran el Aqueronte, el Cocito, el Flegetón y el Styx. Pasaba a las almas a la orilla opuesta Carón, que era un viejo nexorable, hijo de Erebo (que era la noche) y del Caos. Las almas hallaban a la orilla opuesta el tribunal que las había de juzgar, compuesto por tres jueces, que eran Eaco, Minos y Radamanto. Las de los buenos iban a los Campos Elíseos, y las de los malos al Tártaro.

El portero de aquellos lugares era el can Cerbero, que era un perro de tres cabezas; hacían de verdugos las tres Furias, que se llamaban Alecto, Megea y Tisifone, y eran hijas de Aqueronte. Se pintan con teas y víboras en las manos y cabelleras de serpientes. Moraban allí también las tres Parcas, que hilaban y cortaban el hilo de la vida de los mortales. Lachesis tenía el huso, Cloto el hilo y Atropos, la más vieja de las tres, las tijeras con que lo cortaba. Forma la alegoría de lo pasado, de lo presente y de lo futuro.

Después de algún número de años pasaban las almas que iban a los Campos Elíseos de nuevo a vivir en el mundo; pero antes bebían en el Leteo, que es el río del olvido, para que olvidasen su anterior existencia.

Plutón se suele pintar como un rey muy grave, sentado en su trono con una corona de oro; tiene otros varios nombres, como son: Arco, Februo y Urgo.

Había otro personaje en aquel mustio reino, que era ministro de Plutón, y se llamaba Pluto. Era el dios de la Riqueza, y lo hacían hijo de Ceres y de Jusión, para significar que la agricultura era la verdadera madre de la riqueza.

Pluto tenía vista; pero habiendo dicho a Júpiter que sólo favorecía a la virtud, este dios lo cegó para que no pudiese discernir la virtud y el vicio.

Píntanlo como un anciano que trae en la mano un talego, acercándose con paso lento y alejándose con alas, para significar cuán despacio se adquieren y cuán aprisa se disipan las riquezas.

No saldremos de esta sombría mansión sin que os imponga de ciertos castigos inferidos allí a algunos criminales, porque han llegado a ser proverbiales, tal como lo es el tormento de Tántalo, que padece eterna hambre y sed, metido en un lago, cuyas puras y frescas aguas se retiran de sus labios cuando a ellas las acerca, y sobre cuya cabeza cuelgan ramas con sazonadas frutas, que se elevan a gran altura cuando su mano va a asirlas. Atribúyese este castigo a varias causas, siendo la más adoptada el haber robado de la mesa de los dioses el ambrosía, que era su alimento, y el néctar, que era su bebida, que ambos tenían la virtud de conservar la juventud y dar la inmortalidad. -Dicen autores griegos que este tormento de Tántalo es una alegoría para pintar al avaro, que no disfruta de lo que tiene y cuya ansia no se aplaca nunca.

Es otro tormento el de Sísifo, hijo de Eolo, sobre cuyo crimen hay varias versiones, pero siendo la más general el que fuese un salteador de caminos, ladrón y asesino, por lo que está condenado a subir a un monte un peñasco que apenas llega a la cumbre cuando cae velozmente al pie de la cuesta, y el condenado se ve obligado a emprender de nuevo su tarea; por eso se dice de un trabajo que se hace muchas veces, sin lograr éxito, que es el de Sísifo.

Es también nombrado el castigo de las Danaides, que eran cincuenta hijas del rey de Egipto. Su hermano Egisto tenía cincuenta hijos, y pretendió casarlos con sus cincuenta primas. No siendo gustoso Dánao ni sus hijas en este enlace, pero no atreviéndose a rehusarlo por temor, se desposaron; pero aquella noche, habiendo recibido al efecto cada cual un puñal de su padre, mataron a sus maridos y huyeron a Argos. Una sola, llamada Hipermestra, se exceptuó de este crimen, por el que están las que lo cometieron condenadas a llenar de agua una cuba que no tiene fondo, por lo cual se dice de un trabajo inútil o inacabable que es el de las Danaides.

Hay también el tormento de Ixión, que está atado en una rueda rodeada de serpientes, que da vueltas sin cesar; su crimen fue haber muerto a su suegro, y perdonado por Júpiter pagó este beneficio con la osadía de enamorarse de Juno, que se quejó de ello a su marido, y éste condenó al malvado al referido castigo.

CAPITULO VIII

Minerva

Enterados ya, según espero (si vuestras señorías han prestado un poco de atención), de los principales dioses y dueños del cielo, mar e infierno, según los griegos, que cayendo de error en error fueron creando su Mitología, seguiremos ahora con la nomenclatura de los demás dioses hijos de aquéllos, y empezaremos por Minerva, que es la diosa de la Sabiduría.

De mal humor Júpiter con Juno, por aquel hijo tan feo que le había parido, y que como recordarán ustedes echó su padre con un puntapié del Olimpo se dio una palmada en la frente y sacó de su cabeza a una hermosa mujer cubierta de una armadura completa, a la que hizo diosa de la Sabiduría, y que como tal se llama Minerva, y diosa de la Guerra, y en este concepto se llamaba Palas.

Algunos autores pretenden que fue siempre doncella, para significar que la prudencia, que personificaba también, debe obrar sola y sin extrañas influencias; otros dicen que tuvo por marido a Vulcano.

Represéntanla con una hermosura llena de sencillez y gravedad, lo que no impidió que fuese una de las tres diosas que se disputaron la manzana que la Discordia, como ya os he referido al hablar de la boda de Tetis, echó en la mesa del banquete, con un letrado que decía: «A la más hermosa», y que llevase muy a mal que no le fuese adjudicada por Paris, de quien juró vengarse; por lo que veis, que en aquella religión que carecía de todo destello divino, ni aun la diosa de la Sabiduría estaba exenta de vicios tan ridículos, como lo es el de la vanidad, y tan bajos como lo es el de la venganza. -Llevaba Minerva sobre su cabeza un yelmo, sobre su pecho su égida con la cabeza de Medusa, en una mano un escudo y en la otra una lanza; otros ponen en su mano una rama de olivo y es con este motivo: Disputáronse Neptuno y ella sobre el nombre que debía ponerse a la capital del Ática; aquél quería fuese su nombre Posidonia, y ésta que llevase uno de los suyos, que era Atena. -Acudieron al tribunal supremo de los dioses para que fallase en su contienda, y éstos dijeron que tendría derecho a darle nombre a la ciudad aquel que crease la cosa más útil a los hombres. -Neptuno, golpeando la tierra con su tridente, hizo que surgiese el caballo, y Minerva hizo que de la tierra brotase el olivo, y obtuvo el premio.

Muchas cosas en ciencias y artes enseñó Minerva a los hombres. La más notable fue la construcción de la nave que tripularon los Argonautas, a la que puso un leño que hablaba,

mandando y guiando la nave, haciéndole evitar escollos; lo que es un modo bonito y poético de designar el timón.

Los Argonautas, que tomaron su nombre de dicho barco, que se llamaba Argos, eran unos príncipes griegos, que en número de cincuenta y dos se embarcaron en ella para ir a Cólchida a vengar la muerte de Frixo y a rescatar el Toisón de oro o Vellochino.

Frixo y su hermana Hellé, huyendo de su padre Frino, rey de Tebas, que los quería sacrificar a los dioses para aplacar una epidemia que despoblaba el país, atravesaron subidos en un carnero de dorado vellón el brazo de mar que separa el Asia de la Europa; Hellé, asustada del ruido de las olas, cayó al mar y se ahogó, por lo cual tomó dicho brazo de mar el nombre que aún conserva de Helesponto. Llegado que hubo Frixo a Cólchida, en donde reinaba Eeste, sacrificó el carnero a Marte, y su zalea a toisón, o vellón, fue suspendida en un árbol guardada por dragones, que velaban de noche, y por toros bravos que tenían pies de bronce.

Habiendo concedido Marte al Toisón la virtud de que proporcionase felicidad y riqueza al que lo poseyera, Eeste, envidioso de Frixo por tan precioso tesoro, lo asesinó y se hizo dueño de él. Sabido esto por los príncipes griegos, determinaron vengar la muerte de Frixo y rescatar el Toisón, y esto fue la causa de aquella famosa expedición.

Minerva era muy amiga de enseñar, por lo cual la pintan con un búho para significar el estudio, porque vela de noche, y con un dragón, que significa la rígida virtud, a la que nadie se atreve, como al dragón.

CAPITULO IX

Venus y Cupido

Siento, niños míos, introduciros en tan mala compañía como lo es la de los imaginarios dioses de la Mitología. Al considerar tanto dislate podréis convenceros de cómo se van perdiendo entre los hombres, cuando se apartan del Dios de la verdad y de la perfección, no sólo las nociones del bien y del mal, sino hasta el sentido común.

Venus era la diosa de la hermosura y de la Gracia: generalmente se creía que había nacido de la espuma del mar en las aguas de la isla de Citeres, en donde tuvo uno de sus más afamados templos. Otros autores dicen que fue hija del Cielo y de la Luz. Lleváronla las Horas al Olimpo, y al verla, todos los dioses se enamoraron de ella, hasta el señor Júpiter, y viendo que ella no le correspondía, por castigarla la casó con su horroroso hijo Vulcano; pero Venas no quería por marido sino a Marte, y habiéndola hallado aquél, a pesar de habérselo prohibido, hablando con Marte, los encerró en una sutil red de hierro que al intento fabricó en su fragua para convencer a Júpiter de la desobediencia de su mujer; después de lo cual se volvió a su fragua y quedaron divorciados. Casóse Venus con Marte. De su consorcio tuvo Venus dos hijos, Cupido, también llamado Eros, que es

el dios del Amor, y el segundo llamado Anteros, que es el dios de la Correspondencia, o amor que corresponde al primero; son éstos dos dioscecitos muy lindos, y no siempre están unidos. Representase al primero como un niño con alas, para indicar que pasa pronto, y con los ojos vendados para probar que no ve el mérito o demérito de la persona a quien se dirige, ni sus defectos, mientras se fija en ella. Lleva también un arco y una aljaba en que están las famosas flechas con que el picarillo hiere los corazones. Se le representa también con esos mismos atributos, como un joven que se enamoró de una princesa llamada Psiquis. Encargó a Céfito que la robase y pusiese en un hermoso palacio encantado, en el que venía Cupido a verla; pero siempre de noche y a oscuras para que no lo conociese. Una noche que Cupido se quedó dormido, la curiosa Psiquis encendió una lámpara para conocerle, y habiendo caído una gota de aceite sobre su pecho, Cupido despertó y huyó. Psiquis desesperada acudió a Venus para que la reconciliase con su amante, pero ésta, celosa del amor que inspiraba a su hijo, la entregó e hizo prisionera de dos deidades crueles, que eran la Soledad y la Tristeza. -Cupido logró de Júpiter que la trajese al Olimpo, en donde bebió el néctar, y con esta bebida el don de la inmortalidad, celebrándose sus alegres bodas, en las que bailó la misma Venus, ya desenojada.

Eran consagradas a esta diosa, entre las flores, la rosa; entre las frutas, la manzana; entre los árboles, el mirto; entre los animales, el cisne, el gorrión y sobre todo las tórtolas; por eso se la representa casi siempre en un carro tirado por algunas de estas aves. También se la representa completamente desnuda, como a Eva en el Paraíso, para significar que mientras más cumplida es la belleza, menos adornos necesita.

Tuvo de su segundo consorte Baco tres hijas, Aglae, Talía y Eufrosina, que son las tres Gracias, que siempre se pintan unidas, y también desnudas, para significar que las gracias deben ser naturales, sencillas y exentas de pretensiones.

Como nada hay preciso ni exacto en la Mitología, que se compone en gran parte de metáforas o alegorías, para figurar con cosas materiales las morales, unos autores dicen que el Amor fue lo que antes que nada existió, y que de su consorcio con el Caos nacieron los dioses y los hombres; otros que fue hijo de la Noche y del Éter (el éter es el aire más puro de la más alta atmósfera). Otros dicen que hay dos amores, uno del cielo y otro de la Tierra, como pudiéramos decirlo nosotros los cristianos, que tenemos la dicha de conocer el amor a nuestros semejantes y la sin par suerte de conocer el divino.

Son muy nombrados los amores de Venus con un joven y bello príncipe, hijo de Mirra, nombrado Adonis. Marte, celoso, lo hizo despedazar por un enorme jabalí. -Venus, afligida, reunió sus esparcidos restos y los convirtió en la flor anémona.

CAPITULO X

Baco. - Ariadna

Baco es también llamado Bronio, nombre derivado de una palabra griega que significa «ruido», porque decían que había nacido de un trueno; pero la versión más general es que fue hijo de Sémele, hija de Cadmo, rey de Tebas, y de Júpiter. Juno, celosa de esta nueva sultana, tomó el aspecto de una vieja e hizo creer a la princesa que su consorte no era el rey del Olimpo, y que para convencerse de ello exigiese de él que se le presentase en toda su gloria. Sémele así lo hizo, exigiendo de Júpiter que le prometiese otorgarle el favor que le pidiera. Júpiter juró por la Estigia (que era el juramento de los dioses) hacer lo que le pidiese, y comprometido así, tuvo que presentarse en toda su gloria y esplendor, que fueron tales, que sus rayos abrasaron a Sémele. Júpiter mandó a unas ninfas que sacasen de entre las cenizas de Sémele a un niño de que estaba embarazada, y se lo metió en un muslo, donde lo guardó, hasta que estuvo bastante crecido para salir al mundo. Entonces lo entregó a su tía Ino, por la que fue criado, y después de educado e instruido por las musas y por Sileno, que unos dicen ser hijo del dios de la campiña, Pan, y otros que es hijo de Mercurio. Fue un gran filósofo, pero también un gran borracho; por lo que lo representan generalmente subido sobre un burro, por no poderse tener sobre los pies. Otros dicen que Baco fue criado en Meros, que es un monte de la India, y que la palabra «meros» significa muslo, lo que dio lugar al antes referido disparate. Baco conquistó la India, y plantó allí las viñas, por lo que se consideró como el dios del vino. Pintábanle como un hermoso joven, de ojos negros y rubia cabellera, coronado con hojas de vid o de yedra, con manto de púrpura, y llevando en la mano el tirso. El tirso es una pequeña lanza que remataba con una piña, envuelta en ramas de parra y de yedra; significaba el tronco de toda planta, y era el cetro de las divinidades campestres. El carro en que se pintaba a Baco era tirado por leopardos o panteras, y rodeado de bacantes, sátiros y otras ridículas divinidades campestres, con pies y cuernos de cabra y rabos; Sileno tenía dos.

Tuvo Baco varios nombres: fue el uno «Biforme», porque unas veces lo pintaban mozo y otras viejo; «Liber», porque el vino inventado por él engendra la insubordinación, licencia y desarreglo. Llamábanse Bacanales y Orgías las fiestas que se hacían en honor a Baco. Corrían hombres y mujeres ebrios por las calles, dando gritos desaforados y clamando: «Eván Evohe», que, como sabéis, fue el grito con que lo animaba su padre Júpiter, cuando en figura de león le ayudó a combatir a los Titanes.

Sacrificábanle la cierva y la cabra, porque ambas roen las yemas de las viñas. Todos los pájaros eran agradables a Baco, menos la lechuza, porque decían que sus huevos tenían la virtud de hacer aborrecer el vino al que los comía. Entre los animales fabulosos érale consagrado el fénix; entre las plantas, la vid, la yedra, el pino y la encina.

Son célebres sus amores con Ariadna, hija de Minos, rey de Creta, que se fugó con Teseo de la casa paterna, y a quien éste abandonó en la isla de Naxos. Baco, que la vio se prendó de ella, y sobre todo de su magnífico cabello; le dio una hermosísima corona de oro, trabajada por Vulcano, que fue después elevada al rango de constelación. Baco obtuvo de su padre el don de la inmortalidad para Ariadna, y licencia para casarse con ella; y tuvieron un hijo, que se llamó Estófilo. Cuéntase que fue pastor, y habiendo notado que una de las cabras llegaba al redil más tarde que las demás, y siempre alegre y saltando, siguióla sin que lo notase, y la halló comiendo uvas, lo que le inspiró la idea de confeccionar el vino con el zumo de esa fruta. Estófilo tuvo un hijo llamado Anio, que

fue rey de Delos y gran sacerdote de Apolo. Éste tuvo tres hijas, a las que Baco dio el don: a la primera, Ocnos («*oinos*», vino), de transformar en vino cuanto tocase; a la segunda, Esper («*sperma*», simiente, grano), de trocarlos en trigo, y a la tercera Elaia («*elaia*», olivo), de trocarlo en aceite. Cuando fue Agamenón al sitio de Troya, quiso obligar a las tres hermanas a que fuesen con él, considerando que llevándolas no necesitaba de provisiones para el ejército. Ellas afligidas acudieron a Baco, que para libertarlas las transformó en palomas. A las hijas de Minos, rey de Tebas, que se negaron a asistir a las escandalosas orgías y permanecieron encerradas bordando, las transformó también en murciélagos y a sus bordados en yedra. Midas rey de Frigia, encontró a Sileno durmiendo en su embriaguez; le llevó a su palacio, y obsequió mucho. Baco, agradecido a los obsequios hechos a su querido preceptor, dijo a Midas que le otorgaría la gracia que le pidiese. Éste, que era muy avaro, pidió por gracia que cuanto tocase se convirtiese en oro: lo que le fue concedido; pero como hasta los alimentos que tocaba se convertían en este metal, arrepentido, suplicó a Baco que le quitase esa triste ventaja. Baco le dijo que se lavase las manos en el río Pactolo, que desde entonces arrastra arenas de oro.

CAPITULO XI

Apolo y las Musas

Apolo fue hijo de Júpiter y de Latona, que lo era, según unos, de Vulcano, y según otros de Titán Coeo. Latona fue cruelmente perseguida por Juno, a causa de sus celos, de manera que no hallaba donde guarecerse, hasta que Neptuno compadecido hizo surgir del fondo del mar una isla, que tuvo por nombre Delos, en donde a la sombra de un olivo dio Latona a luz dos mellizos, que fueron Apolo y Diana.

Fue Apolo dios del Sol y de la Luz, por lo que también se le llamó Febo, de dos palabras que significan «luz y vida». Su primera hazaña fue matar a la serpiente Pitón, que Juno había creado con objeto de perseguir a su rival Latona. Tomó por consorte a Coronis, hija de Flegias, rey de los Lapitas. Un cuervo le dijo que Coronis le era infiel; ofendido e irritado, la mató; pero arrepentido muy luego de lo que había hecho, castigó al cuervo acusador, convirtiéndole de blanco que era en negro. Había tenido un hijo de Coronis, llamado Esculapio, que fue tan gran médico que mereció ser dios de la Medicina. No sólo sanaba a los enfermos, sino que decían que resucitaba a los muertos, por lo cual Plutón, que como sabéis era el dios del Orco, que así se llamaba su dominio subterráneo, dio quejas a Júpiter, diciéndole que ya nadie aportaba por allá. Júpiter, por complacer a su hermano, mató a Esculapio con uno de sus rayos. Apolo, lleno de ira y de dolor por la muerte de su hijo, y no pudiendo vengarse de Júpiter por ser dios y por ser su padre, mató a flechazos a todos los Cíclopes, que eran unos formidables gigantes con un solo ojo en la frente, y eran los herreros de las fraguas de Vulcano. A Esculapio se le daban por atributos la serpiente, la tortuga y el gallo, con alusión a la prudencia, al tiento y a la vigilancia que deben usar los médicos. Tuvo por hijos a Macaón y Podalirio, que fueron con los griegos a la guerra de Troya, y por hija a Panacea, que curaba todos los males;

por eso se dice de esos remedios que se quieren aplicar, y se creen eficaces para curar todos los males, que son una «panacea».

Júpiter, enojado con Apolo por haber matado a los Cíclopes, le desterró del Olimpo, y entonces entra una era muy desairada para el famoso dios del Sol, de las Artes y de la Poesía. Empezó por guardar los ganados de Admeto, rey de Tesalia. La echó de galán y enamorado, y ninguna ninfa quiso corresponder a su amor. Huyendo de sus persecuciones la ninfa Dafne, hija del rey Peneo, suplicó a su padre que la libertase de las persecuciones de Apolo, lo que hizo aquél transformándola en laurel. Entonces quiso Apolo que le fuese consagrado este árbol, y que sirviese de recompensa a los poetas y de símbolo de gloriosos triunfos.

Por entonces también labró con Neptuno las murallas de Troya, por lo que no recibieron premio alguno. Inventó la lira; pero habiendo preferido Pan, dios de los pastores, la flauta, que él había inventado, fue elegido Midas, rey de Frigia, juez en la contienda: se declaró en favor de Pan, e indignado Apolo de su mal gusto, hizo que le naciesen unas grandes orejas de burro. -En otra contienda que tuvo Apolo con el sátiro Marsias, que era gran poeta y músico, salió vencedor, y en castigo de haber querido competir con él, le desolló vivo el *amable* dios de las Artes.

Por fin se dio Júpiter por satisfecho, le perdonó y se volvió a encargarse de esparcir la luz, por lo cual se le pinta, por lo regular, como un hermoso joven coronado de laurel, con la lira en la mano y conduciendo por el Cielo el carro del Sol, tirado por cuatro hermosos caballos blancos, rodeado de las Horas, que eran hijas de Júpiter y de Temis. A éstas se representa con alas de mariposa, una túnica color de rosa y un ramo de flores en las manos. -Las de la noche se representan lo mismo, sólo que la túnica es negra, y en lugar de flores tienen en la mano un murciélago.

También se pinta a Apolo en el Parnaso rodeado de las Musas.

Las Musas fueron hijas de Júpiter y Mnemósine, que era hija del Cielo y de la Tierra, hermana de Saturno y de Rhea. Al principio sólo hubo tres, Melete, que representa la meditación o reflexión; Mneme, que representa la memoria, y Aedé, que representa el canto, o relación de los hechos; pero más adelante fueron nueve, que figuran las artes liberales, y son: Calíope, que preside a la poesía épica, elocuencia y retórica; Clio, que preside a la Historia; Erato, a la poesía amorosa; Talía, a la comedia; Melpómene, a la tragedia; Terpsícore al baile; Euterpe, a la música; Polimnia, a la armonía, pantomima y elocuencia, y Urania, que preside a la astronomía. Habitaban por lo regular en la cumbre del Parnaso, que es la montaña más alta de la Fócida. Allí corría la fuente Castalia, cuyas aguas comunicaban a los poetas el entusiasmo. También habitaban en el Pindo, montaña de la Grecia, y donde estaba la fuente Hipocrene que brotó de una patada de Pegaso. Pegaso era un caballo con alas que creó Neptuno, como anteriormente habéis visto; otros dicen que surgió de la sangre de Medusa cuando Perseo le cortó la cabeza. Minerva lo domó, pero no se deja montar sino por los poetas de primer orden.

CAPITULO XII

Diana

Diana, aunque melliza de Apolo, nació la primera, y al considerar las muchas penas y molestias que había pasado su madre Latona en su consorcio, pidió a Júpiter la permitiese permanecer siempre soltera, lo que su padre le concedió, haciéndola diosa de los bosques y de la cacería en la tierra, dándole por séquito sesenta Ninfas, llamadas Océanas u Oceánidas, y veinte llamadas Asias, y en el Cielo la constituyó en Luna.

Era la caza su constante ocupación; por lo cual se la pinta con una túnica corta recogida por un lado, llevando arcos y flechas, con la media luna sobre su frente y perros de caza a su lado.

En una ocasión en que cazaba por los bosques, Acteón, hijo de Aristeo y de Antonea, y nieto de Cadmo, vio a Diana con sus Ninfas que estaban en el baño. La diosa, para castigar tamaño desacato, le transformó en venado, y sus propios perros le destrozaron y devoraron.

Los poetas hablan mucho del amor que tuvo la Luna a Endimión. Era éste hijo de Etíolo y de Calisa, hija de Eolo y nieta de Júpiter. Fue recibido por éste en el Olimpo; pero habiéndole faltado al respeto a Juno, Júpiter le condenó a un sueño eterno (otros dicen que a dormir treinta años) en una gruta del monte Latmos. Como era muy hermoso, dicen que la Luna, que le vio, se enamoró de él, y que todas las noches venía silenciosamente a mirarle dormir.

Los que todo lo quieren explicar y hallar algún fundamento a tanto dislate, dicen que Endimión fue un famoso astrónomo que se pasaba las noches en examinar los astros, y que de ahí nació la fábula de sus amores con la Luna.

El más célebre de los templos que se erigieron a Diana fue el de Efeso, que pasaba por ser una de las siete maravillas del mundo; su construcción duró doscientos veinte años, y contribuyó a costearle toda el Asia Menor.

Dicen que fue el primer templo sostenido por columnas y capiteles; tenía doscientas veintisiete, y cada una había sido costeadada por un rey. Su largo era de cuatrocientos veinticinco pies, y su ancho de doscientos veinte.

Sus puertas eran de ciprés, y el armazón de su techumbre de cedro. Estaba adornado de estatnas y pinturas de un valor incalculable.

Eróstrato, que era un hombre oscuro, pero muy vano, por el necio afán de que hablasen de él y fuese nombrado en la Historia, prendió fuego a aquel magnífico templo la misma noche en que nació Alejandro *el Grande*.

Eran consagrados a Diana, como diosa de la caza, los gamos y los jabalíes.

Diana y Minerva, únicas diosas que permanecieron solteras, fueron llamadas vírgenes blancas.

CAPITULO XIII

Esculapio. -Hebe. -Némesis. -Los cíclopes. -Argos

Esculapio fue hijo de Apolo y de la ninfa Doris. Lo crió el centauro Chirón, que era un gran sabio, hijo de Saturno, lo que significa que la sabiduría nace del tiempo; la gruta en que moraba, que estaba situada al pie del monte Pelión, fue la escuela de más renombre en aquella era; Hércules, que había sido su discípulo, le traspasó sin querer la rodilla con una flecha envenenada, la que causó su muerte. Júpiter lo elevó al Olimpo y le constituyó en uno de los signos del Zodíaco. Chirón instruyó a Esculapio en todos los secretos de la Medicina, en la que tales progresos hizo, que fue apellidado el dios de la Medicina. Por medio de su ciencia restituyó la vida y la salud al desgraciado Hipólito, que era víctima de los dioses a causa de una calumnia, de lo cual Júpiter se enfureció tanto, que lo mató por medio de un rayo. -Apolo lloró amargamente la muerte de su hijo, y Júpiter para consolarlo elevó a Esculapio al Cielo, en que forma una constelación.

En Roma lo edificaron un soberbio templo, en el que se le representaba sentado, teniendo en una mano una vara, la otra apoyada sobre la cabeza de una serpiente y un perro acostado a sus pies.

Hebe fue hija de Juno, y cuando su padre Júpiter la vio tan hermosa, la hizo diosa de la juventud y le confirió el honroso cargo de servir de beber a los dioses en sus festines; pero un día en que al desempeñar este cargo dio una caída desairada, Júpiter la destituyó y dio su puesto a Ganimedes, que era hijo de Tros, rey de Troya, y tan hermoso que, con el fin que desempeñase ese cargo, Júpiter, convertido en águila, lo arrebató y llevó al Olimpo. Lo que ha dado pábulo a esta fábula es que Tros mandó a su hijo con otros troyanos a ofrecer un sacrificio a Júpiter en Lidia. El rey de aquel país, creyendo que eran espías los prendió, obligando al príncipe a servirle de beber en sus festines. Cuando después de su muerte fue admitido Hércules en el Olimpo, se casó con Hebe. Esta última ficción significa que suelen estar unidas la fuerza y la juventud. A Hebe se la representa coronada de flores y con una copa de oro en la mano.

Némesis, diosa de la venganza o más propiamente de la vindicta, que es la satisfacción que se debe por los delitos, se ha hecho hija de la mar, de la noche y más acertadamente de la justicia, según el parecer de Hesíodo. Representanla con rostro severo, vestida de blanco, teniendo en una mano una espada envainada para significar que en su día castigará al culpable, y en la otra una copa para alentar y confortar al inocente; a sus pies por lo regular colocaban un compás y una rueda.

Los Cíclopes eran terribles gigantes, hijos del Cielo y de la Tierra, que no tenían más que un ojo en medio de la frente. Júpiter los precipitó en el Tártaro; pero luego por empeño de

su madre los puso en libertad. Eran hábiles herreros y fabricaron para Plutón un casco que lo hacía invencible; para Neptuno su tridente, con el que agita o calma las olas del mar, y para Júpiter sus rayos. Los tres principales Cíclopes eran Brontes, Steropes y Polifemo. Apolo, para vengar la muerte de su hijo Esculapio, causada por los rayos que habían confeccionado, los mató a todos. Autores modernos han creído que estos Cíclopes fabulosos tenían por origen los volcanes.

Argos, hermano de Osiris, fue encargado por éste de gobernar su reino cuando partió a conquistar la India, y gobernó con tal vigilancia, que se dijo tenía cien ojos, y a esta metáfora añadió la credulidad de los griegos que cuando cerraba cincuenta para dormir los otros cincuenta quedaban abiertos. Juno, celosa de Jo, hija del rey de Argos, la puso bajo la custodia de este vigilante guardián. Mercurio, compadecido de ella, llegó a dormir a Argos con los dulces sonidos de su flauta, y cuando estaba dormido le cortó la cabeza. Juno tomó sus cien ojos, que colocó en la cola de su pájaro querido, el pavo real.

CAPITULO XIV

Atlas. -Mercurio. -Lares. -Penates

Pleione, hija del Océano, casó con Atlas, hijo de Urano, que fue rey de Mauritania y gran astrónomo. Inventó la esfera, por lo cual se le representa llevando el globo sobre sus hombros y agobiado bajo su peso. Otros dicen que fue un castigo que le impuso Júpiter por haber ayudado a los Titanes en la guerra que contra él emprendieron. Ello es que lo que ha dado pábulo a esta ficción es un alto monte del mismo nombre, sobre el cual según creían los griegos, descansaba el firmamento.

Tuvo este matrimonio siete hijas, que se llamaron Pléyades, y son las estrellas que forman la constelación de ese nombre, menos una de ellas, que fue Electra, que se ausentó por no ver la destrucción de Troya, que había fundado su hijo Dárdano. Desde aquella época nunca volvió a aparecer entre sus hermanas sino como un pasajero cometa.

Una de estas Pléyades, llamada Maia, fue una de las infinitas sultanas del serrallo que para Júpiter pobló la imaginación de los griegos con tal de dar encumbrado origen a sus deidades. Hijo de Júpiter, pues, y de Maia, fue Mercurio. Llamóse también Hermes, que quiere decir «mensajero», porque su augusto padre le hizo mensajero de los dioses, y al intento le puso alas en los pies y en su tocado, que es una especie de gorro con el que se le ve siempre pintado. Le hizo además dios de la Elocuencia, del Comercio y de los ladrones.

Regaló Apolo a Mercurio una varita formada de un rayo de sol. Un día encontró este último a dos serpientes peleando, y las separó con dicha varita, alrededor de la cual ellas se enroscaron. Éste es el Caduceo, que toma su nombre de la palabra latina «*cadere*, caer», porque tiene el poder de acabar con todas las disensiones. Los poetas atribuyen un gran poder al caduceo; simboliza la paz, el comercio, la seguridad, la fortuna y la

felicidad; las serpientes representan la prudencia; unas alas pequeñas que tiene arriba, la agilidad, y la vara el poder; tres cosas que unidas facilitan el buen éxito de las empresas. Siempre representan a Mercurio con el caduceo en la mano.

Este dios aparece muchas veces mezclado en los acontecimientos de la fábula; pero su historia propia no tiene muchos lances. -Siempre ocupado en los asuntos de su padre, a esto debió su enlace con la bonita náyade Lara. Fue el caso que Júpiter, al que como sabéis se complacían los griegos en suponerle siempre en aventuras amorosas, pretendió a Yuturna, hija de Dáceno, que era muy hermosa. Yuturna, asustada de los requiebros del empalagoso galán, huyó y se tiró al río Tíber, suplicando a sus náyades que la ocultasen, a lo que accedieron gustosas, y una de ellas, llamada Lara, indignada, participó a Juno lo que pasaba, y ésta convirtió a Yuturna en fuente. Pero Júpiter, irritado contra Lara, la mandó cortar la lengua, y a Mercurio que la llevase al infierno.

Mercurio, conmovido de su desgracia y seducido por su belleza, se enlazó con ella. Tuvieron por hijos a los dioses Lares.

Esta voz, que significa jefe o conductor, se les dio por distintivo, porque eran los buenos genios de las casas y custodios de las familias, como lo eran también los Penates.

Como tales dioses tutelares fueron primitivamente adorados los antepasados de las familias; pero más adelante se les dio, como se ha visto, su propio ser.

Eran los Lares unas estatuas pequeñas, que se guardaban con gran veneración en el lugar más solo y secreto de la casa, denominadas «Lararia» y «Penetralia».

Estos pequeños dioses, Lares y Penates, es de lo más bonito que contiene el cúmulo de invenciones sin alma y sin corazón que constituyen la fábula. Lo doméstico, el interior de las familias, debe ser, y es siempre, una fuente de buenos y tiernos sentimientos, de santos e inmutables amores; el puerto después de todo viaje, el descanso después de toda fatiga, el lugar de consuelo en toda desgracia. ¿Cómo no lo había de amar el hombre, cuando el pájaro, irracional y sin alma, sólo por instinto ama a su dulce nido?

CAPITULO XV

Infierno, Averno u Orco

Lugar de tormento en el que los malos son castigados por sus delitos; que así suceda es una cosa tan natural que la existencia de este lugar es de fe en todas las religiones. En la Mitología se dice ser un antro subterráneo al que van las almas para ser juzgadas por tres jueces, que son Minos, Eaco y Radamanto, y en que impera Plutón como dios y como rey. Estaba dividido en varias partes, una de ellas espantosa, en que había un río de fuego, lagunas de aguas venenosas, hornos candentes y monstruos; otra parte era sosegada y apacible, y estaba destinada a lugar de descanso de los justos, llamada Campos Elíseos,

como la primera se denominaba Tártaro. En el centro de éste había un lugar encerrado en una triple muralla de bronce y de grande profundidad. Para llegar a aquellos parajes era necesario atravesar el Erebo, que fue un hijo del Caos y de la Noche, que por haber auxiliado a los Titanes en su guerra contra los dioses fue cambiado en río y precipitado en los infiernos.

Hay allí varios castigos de que os he hablado ya, que por recaer en criminales que son personajes históricos han adquirido renombre. Es uno de éstos Prometeo; atado por Júpiter a una roca, no puede defenderse de los ataques de un águila feroz que le despedaza y devora las entrañas. Fue este castigo debido, según la versión más conocida, a que Prometeo, que era por lo visto un hábil estatuario, formó con barro una hermosísima mujer, que llamó Pandora; mas como le faltaba la vida que él no podía darle, subió al Olimpo y robó uno de los rayos del sol con que la animó. Los dioses de aquel cielo ridículo dieron en castigo a Pandora una caja que contenía todos los males, que desde entonces afligen el mundo, y Júpiter infligió a Prometeo el horrible tormento mencionado. Para no dejaros bajo la triste impresión que causa sólo imaginar cosa tan terrible, os diré que vino el celeberrimo Hércules, mató al águila y salvó a Prometeo.

Allí están las Danaides, que son cincuenta hermanas, hijas de Dánao, rey de Argos, condenadas a estar llenando incesantemente de agua una cuba desfondada, que por consiguiente no se llena nunca. Un hermano de su padre, llamado Egipto, le usurpó su reino y quiso casar a cincuenta hijos que tenía con sus primas; pero Dánao, resentido, dio a cada una de sus hijas un puñal para que después del casamiento matasen a sus maridos, lo que hicieron, sufriendo después el merecido castigo.

Conocido es igualmente el infligido a Sísifo, que consistía en subir por una cuesta una roca enorme, la que al llegar a la cumbre volvía por su propio peso a rodar abajo. Era Sísifo un rey bueno y muy sabio que reinó en Corinto: se dice de él que encadenó la muerte, para significar que amó mucho la paz y no tuvo nunca guerra con sus vecinos; con su mucha ciencia alcanzó a saber los secretos de los dioses, que reveló a Esopo, por lo que fue castigado.

En una fresca laguna se ve allí a Tántalo, sobre cuya cabeza cuelgan ramas de árboles, cuajados de hermosas frutas, mientras él sufre los tormentos de la sed y del hambre sin poderlos saciar, porque al acercar sus labios al agua ésta se retira y al querer asir las frutas éstas se alzan fuera de su alcance. Tántalo era rey de Lidia, y son varias las causas a que atribuyen el castigo que sufre. La más aceptada es la que refiere Píndaro, de haber robado a los dioses la *ambrosía*, que era su comida, así como era el *néctar* su bebida. Era aquélla un manjar exquisito cuya fragancia embalsamaba el Olimpo, mantenía la salud, conservaba la juventud y procuraba la inmortalidad. Dícese que de una de las astas de Amaltea surgía ésta, y de la otra asta brotaba el néctar.

Estos castigos significan: el de Tántalo, la nunca satisfecha ansia de la ambición; el de Prometeo, cuyas entrañas sin cesar se renuevan y despedaza un águila, los remordimientos; el de las Danaides un intento tenaz y sin éxito posible; el de Sísifo los descabellados planes y sistemas de los ideólogos, sin aplicación ni éxito.

CAPITULO XVI

Eolo. -Bóreas. -Zéfiro. -Eco. -Proteo

Eolo dios de los vientos, hijo de Júpiter y de la ninfa Melanipa, residía en las islas Eólidas. Allí tenía a los vientos encerrados en profundas cavernas. Cuando Ulises y sus compañeros llegaron a aquellas islas, Eolo los recibió bien y agasajó, y cuando aquél se volvió a embarcar le regaló unos pellejos en que encerró los vientos que eran contrarios a su rumbo para que no le molestasen.

Sus compañeros por una necia curiosidad abrieron aquellos pellejos, para ver lo que contenían; escapáronse entonces los vientos levantando tal tempestad que perecieron en ella once de sus buques, salvándose sólo aquel en que iba Ulises, que arribó a la isla de Aea. El origen de esta fábula parece ser el que Eolo fue un príncipe que estudió con provecho la astronomía y por sus observaciones astronómicas predecía el tiempo bonancible y el tormentoso. La versión supersticiosa es más bonita; pero trato, niños míos, de ilustrar vuestra razón y no de divertir vuestra imaginación.

«Bóreas», hijo de Astreo, que era uno de los Titanes, es el viento Norte, y es llamado el rey de los vientos. Se metamorfoseó en caballo y tuvo así por hijos doce potritos, que eran tan ligeros que corrían sobre campos de trigo sin que se doblasen a su paso las espigas, y sobre las olas sin hundirse en ellas. Representanlo con un rostro severo y frío, envuelto en nubes cuando atraviesa el cielo, y en polvo cuando camina por la tierra.

«Zéfiro», hijo de Eolo y de la Aurora, cuyo soplo suave da la vida a la Naturaleza. Se desposó con Flora, diosa de las flores, de la que ya os he hablado, y presidía este matrimonio el séquito de la primavera. Representanlo como un joven con alas de mariposa, coronado de flores de todas las estaciones.

«Eco» era hija del Aire y de la Tierra, y ninfa del séquito de Juno. Habiendo servido de intermediaria al infiel Júpiter en sus amoríos y devaneos, Juno, que lo supo, la castigó condenándola a no poder hablar, a no ser para contestar cuando le hablasen. Se enamoró del hermoso Narciso, el que estaba enamorado de sí mismo y no la correspondió. Eco desconsolada se retiró a los sitios más solitarios en los bosques y entre las rocas; allí, consumida por las lágrimas y su dolor, no quedó de ella sino la voz.

Proteo fue un semidiós marino, hijo del Océano y de Tetis, que tenía el cargo de llevar a pastar las vacas y ganados marinos. Había recibido al nacer el don de saber el porvenir, y asimismo el de transformarse en cuantas formas y cosas quería y cuantas veces lo desease. De esta prerrogativa usó mucho para libertarse de los infinitos que venían a buscarlo para que les revelase el porvenir. Por lo cual se dice de una persona que toma todas las formas y caracteres que convienen a sus intereses, que es un Proteo.

CAPITULO XVII

Animales fabulosos

La Quimera

Era un monstruo que tenía la cabeza de león, el cuerpo de cabra y la cola de dragón, y que echaba fuego y llamas por la boca. Era hija de Tifón y de Echidna. El primero era un tremendo gigante con cien cabezas, que creó Juno de los males vapores de la tierra por despecho, cuando su marido Júpiter creó a Palas, a quien como sabéis hizo salir armada de su cabeza. Tuvo por mujer a Echidna, que tenía el busto de mujer y lo demás del cuerpo de serpiente. Tuvieron por hijos, además de la Quimera, el can Cerbero, la Hidra de Lerna, la Esfinge y el León de Nemea. Belerofonte combatió este monstruo y lo mató. Lo que ha dado lugar a esta absurda fábula, fue una montaña llamada Quimerífera, que coronaba un volcán, alrededor del cual vagaban leones, en cuya falda pastaban cabras y a cuyo pie se criaban serpientes; montaña que desmontó y pobló Belerofonte.

La Esfinge

Es un monstruo con cabeza de mujer y cuerpo de león, que generalmente representan acostada y alguna vez con alas. La más conocida y nombrada es la Esfinge de Tebas, que proponía a todo el que pasaba un acertijo y si no lo adivinaba lo destrozaba. El acertijo que decía era el conocido de que cuál era el animal que andaba por las mañanas en cuatro pies, a mediodía en dos y por la noche en tres, y que Edipo acertó ser el hombre, que de niño gatea, de hombre anda en dos pies y de anciano necesita un palo para apoyarse. De coraje de que hubiese sido adivinado su acertijo, se partió la Esfinge la cabeza contra una peña.

Can Cerbero

Era un mastín feroz con tres cabezas, que estaba encadenado en la orilla del Estigio, para guardar las puertas del infierno y las del palacio de Plutón. El famoso Hércules lo venció y encadenó, arrastrándole hasta un precipicio, en el que lo tiró. Las plantas sobre las que cayó la baba del enfurecido animal, se volvieron todas venenosas. La fábula del can Cerbero debe su origen a enormes mastines que los mineros tenían en sus minas para guardarlas.

Hidra de Lerna

Enorme culebra de siete cabezas, que si se las cortaban volvían al punto a renacer. Hacía grandes estragos en los ganados que pastaban en las cercanías de la laguna de Lerna,

hasta que el heroico Hércules la atacó y mató. Esto se explica diciendo que los alrededores de aquella laguna estaban infestados de serpientes, que Hércules exterminó, disponiendo una quema de yerbas y arbustos de aquellos parajes.

Hipogrifo

Animal fabuloso, medio caballo medio águila, que según los poetas era montado por los héroes, sin duda para significar que se servían de poderosos, ágiles y briosos caballos.

Salamandra

Especie de salamanquesa que constituyeron en emblema del fuego, porque creían, no sólo que podía vivir entre llamas, sino que las apagaba por su excesiva frialdad.

Harpías

Eran tres, Alope, Acheloe y Ocitea, e hijas de Neptuno y de la mar. Sus cuerpos eran de milano, sus caras de viejas, con pico encorvado. Eran tan malas y voraces, que todo lo asolaban, y por doquier pasaban dejaban tras sí el hambre y la desolación, por lo cual Bóreas, que es el viento norte, las persiguió hasta el mar Jónico, en el que, cansadas de volar, cayeron y se ahogaron. Dícese que lo que ha dado lugar a esta fábula fue una plaga de langosta que asoló el país.

CAPITULO XVIII

Divinidades Campestres

Así como el cielo, la mar y los infiernos tenían sus divinidades, las tenía también la tierra. La principal era «Pan», que es el símbolo de la Naturaleza, por lo cual se le pinta medio hombre, medio animal, esto es, con patas y cuernos de cabra.

Pero como en Mitología cada autor tiene su parecer, por lo mismo que no hay ninguno cierto, otros autores dicen que esto es debido a que Pan fue el que aconsejó a los dioses, cuando huían precipitados de la acometida de los Titanes, que se transformasen en animales para no ser conocidos, y que él dio el ejemplo convirtiéndose en cabra.

Danle los autores muchos y distintos orígenes; el más significativo es el de ser hijo del Cielo y de la Tierra, como lo es la vegetación, a la que preside. Era Pan horrible, inculto, grosero, por lo cual no hallaba ninfa que le quisiese. Un día que perseguía a la ninfa Sirinje, que espantada huía, llegó ésta en su carrera al río Landón, al que suplicó que la libertase de aquel atrevido perseguidor, a lo que accedió el río convirtiéndola en

cañaveral. Pan, entristecido, cortó para consolarse una de aquellas cañas, de la que fabricó una especie de flauta de varios cañones de diferentes tamaños. Decían los griegos que esa flauta inventada por él significaba la armonía que entre sí tienen las distintas cosas que componen el Universo. Cuando Breno con sus tropas entró en Grecia, y se preparaba a saquear el templo de Delfos, Pan infundió de repente tal espanto a los galos, que huyeron despavoridos sin advertir que no había causa para ello. De aquí la voz «terror pánico», que es temor inmotivado. Su séquito son los sátiros, parecidos a él.

Silvano se representa lo mismo que Pan, y es dios de los bosques y símbolo de la materia. Unos le hacen hijo de Júpiter y otros de Fauno. Era especial enemigo de los niños (sobre todo si están mal criados), por lo que éstos destrozan los árboles y la vegetación, y los niños le tenían un miedo espantoso.

Fauno, hijo de Rico, rey de los latinos, era también considerado como divinidad campestre. -Éralo también Priapo, que fue hijo de Venus, y al cual Juno dotó de una fealdad espantosa.

Flora, diosa de las flores, era una ninfa de las islas Fortunadas, llamada Cloris. Zéfiro la amó, la robó y se casó con ella, asegurándole perpetua juventud y el reino de las flores.

Pomona, diosa de las frutas, era una ninfa extraordinaria por su belleza y por su arte en cultivar las frutas. Fue amada de todos los dioses campestres, pero ninguno pudo agradarla, hasta que Vertumno, dios de los jardines, que se transformó en vieja, logró persuadirla que le correspondiese y se casase con él; lo que consiguió, y fueron tan felices, que cuando llegaron a viejos se rejuvenecieron para que no los separase la muerte.

Todavía tiene la Mitología varias deidades de segundo orden, de que os hablaré someramente.

La Aurora, diosa que abría las puertas del Cielo a Apolo, era hija de Titán y de la Tierra. Casó con Titón, hermano de Príamo, rey de Troya, para el que pidió a Júpiter la inmortalidad. Titón, llegó, pues, a ser tan viejo, que aburrido de la vejez y de sus achaques, pidió a Júpiter que le convirtiese en chicharra. Tuvo Aurora por hijos, entre otros, a Zéfiro y a Memnón, que murió en la guerra de Troya, lo que causó tal dolor a su madre, que nunca dejó de llorarle, y sus lágrimas son el rocío que cubre a su salida la tierra.

Morfeo, hijo de la noche, dios del sueño. Se le da por atributo la adormidera, y le pintan con alas de mariposa para significar lo suavemente que llega.

Harpócrates o Sigilón, dios del silencio se representa como un joven que posa uno de sus dedos sobre sus labios. Solían poner su estatua a la puerta de los templos, como advertencia del que en aquel recinto se debía guardar.

Las tres Furias o Eumónides, encargadas de la venganza de los dioses para con los criminales, nacieron de la sangre que brotó de la herida que infirió Saturno a Júpiter. Llamábanse Tisifona, Megeria y Alecto. Se representan coronadas de una serpiente, teniendo en una mano una tea y en la otra una fusta.

Las Parcas eran tres hermanas ancianas que presidían los destinos de los hombres. Se llamaban Cloto, Lachesis y Atropos, e hijas de la Noche. Hilaban la vida de los mortales y se representaban cercanas a Plutón, una hilando el hilo de la vida, la otra devanándolo y la tercera con unas tijeras con que lo cortaba.

Para concluir la reseña que en estos dieciocho capítulos os he dado de los dioses fabulosos de la mitología griega, nos resta uno que hemos dejado para el último, con el fin de que os quede más fresca en la memoria su recuerdo.

Es este Momo, hijo de la Noche y del Sueño, y que es, a pesar de tan oscuros y sosegados padres, el dios de la risa y de los juegos. Séaos, niños míos, este dios siempre propicio.